

El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7.50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 198

Sevilla—Viernes 30 de Agosto de 1901

AÑO XXV

LOS REPUBLICANOS DE PALLARES

El partido de Union Republicana de Palma ha celebrado una importante reunión, en la que, entre otras cuestiones de interés, se ha tratado de algo relacionado con las defensas de aquel archipiélago Mediterráneo tan codiciado por los extranjeros que aspiran al dominio del mar latino.

Dicen nuestros correligionarios lo mismo que nosotros hemos venido sosteniendo: que de nada pueden servir las defensas terrestres, sean del género que fueren, si se carece de elementos en el mar para sostenerlas.

En nuestra pasada guerra todo el mundo convenía en que era imposible a la escuadra americana forzar el paso de la Habana, y así lo comprendieron sus almirantes y comodores, que no sólo no lo intentaron, pero que ni aun se pusieron sus barcos al alcance de nuestras baterías. ¿A qué correr riesgos y comprometer a algún acorazado y llevar soldados a la muerte? Establecido el bloqueo, lo demás vendrá después.

La Habana disponía de aprovisionamientos de que les sería muy difícil disponer a nuestras islas, que tendrían necesariamente que entregarse, siendo inútil y contraproducente por lo mismo todo gasto de inteligencia y de dinero, consagrado a las defensas terrestres.

La escuadra bloqueadora podría hostilizar constantemente las plazas y toda la costa sin riesgo ni compromiso ninguno, sabiendo que por el mar nada tenía que temer.

Lo mismo que decimos de Baleares tiene aplicación a Canarias, a las costas de Africa y a las de nuestra propia península.

¿Qué adelantáramos con hacer inexpugnables defensas en las islas, si las dejamos completamente desamparadas ante un enemigo, seguro de que no tiene nada que temer por nuestra acción marítima? Los isleños escribirían una página gloriosa de abnegación si apuraban las defensas, dando sus vidas por la Patria, pero sin fruto ninguno, ó tendrían irremisiblemente que pactar con los sitiadores la entrega de la plaza.

Puede que sea impopular para esos Paraísos más ó menos distinguidos, pero poco importa ante la suprema razón de conservar la integridad de España.

Bueno es que el partido republicano se ocupe de estas cosas y dé a conocer a la masa general del país que tiene pensamiento y orientación bien determinada respecto de esta fase del problema nacional.

En un país que tiene la posición geográfica de España en Europa; que cuenta con provincias insulares como Canarias y Baleares, que constituyen las ambiciones de los grupos de potencias enemigas, no se puede prescindir, ó hay que renunciar a nuestra autonomía como nación, de elementos marítimos, no para realizar locas aventuras, pero sí los necesarios en condiciones y tipos adecuados a las defensas costeras y a la ofensiva contra escuadras bloqueadoras.

Barcos fuertes y resistentes sin extraordinario tonelaje; cruceros de andar superior y divisiones de torpederos y cazatorpederos, que no sería imposible adquirir en plazos relativamente breve si la administración del Estado y el cuerpo legislativo atendieran con preferencia, sobre las personas, a las cosas.

Lo que tiene es que este ideal no puede realizarse la monarquía, que parece se disputa, ya con un partido, ya con otro, el triste gusto de exhibir por los mares del Norte ese abigarrado de barcos que no andan ni constituyen por su variado conjunto nada que pueda parecerse a escuadra, ni siquiera a división naval. Vetustos todos de modelo anticuado y de imperfecta construcción ó de venerable ancianidad, serán, si se quiere, fortalezas en el mar, pero sin acción ofensiva y expuestos a ser cazados antes de tomarse tiempo para realizar una maniobra.

Merecen plácemes los republicanos de Palma por su actitud de acierto; pero nuestros amigos convendrán con nosotros en que esto no se le puede pedir a la monarquía: hay que demandarlo al país después de haberle libertado de los que detentan la soberanía de la nación y ponen a la Patria en inminente riesgo de perder lo que nos queda. Marina, sí, para sostener el honor y la integridad de España, pero ni una vela para dar fuste a la monarquía.

A. A.

Murmuraciones

La denuncia que formulamos anteayer, y que nos hicieron los vecinos al Hospicio Provincial, fué atendida inmediatamente por el señor Presidente de la Diputación y por el Director de aquel establecimiento benéfico, D. José Ternero y Frayle.

Ayer mismo, dicho señor diputado provincial, acompañado de un oficial de la Diputación, se personó en el Hospicio, dispuesto a formar el expediente oportuno y a cortar de raíz cuantos abusos llegaran a su conocimiento.

De la visita susodicha nos informan: Que el hecho por nosotros denunciado no tuvo la gravedad que supusieron los vecinos, porque se trataba de un infeliz imbécil allí acogido, a quien no maltrataron a garrotazos, sino que corrigieron con más ó menos rigor... Esto no obstante, el Sr. D. José Ternero, para que no vuelva a suceder un hecho parecido, dejó cesante al empleado ó causante del escándalo en cuestión, arrojando también del establecimiento a uno de los allí acogidos que ejercía funciones de guardián, y que parece fué el culpable.

El Sr. Ternero nos ha manifestado que está dispuesto, en cuantas ocasiones se le presenten, a hacer que en dicho Hospicio reine el orden debido y se ejerza la caridad tal y como debe ejercerse, sin consideración a nada ni a nadie.

Con su nerviosidad y llaneza habituales nos demostró que él no se casa con nadie, y obrará con energía siempre que ésta pueda emplearla con la debida justificación.

Nosotros nos alegramos de que su independencia de carácter le dé ánimos para bregar con esa gente, valiéndose de la autoridad de que está revestido, y tomando ejemplo de arriba, y por ello le enviamos un aplauso al Sr. Ternero.

Guárdelo como oro en paño, porque aplaudimos pocas veces y porque es sincero.

Y... prepárese a hacer justicia, que en el Hospicio hay tela cortada para rato a querer meterse en fango.

Ha llegado a Sevilla el Sr. Marqués de Paradas, jefe del partido liberal sevillano, cuyo partido, a semejanza de la túnica de Jesús, se lo están jugando a los dados los conservadores y gamacistas sevillanos.

Apenas echó pie en tierra el Sr. Marqués, confirió con los periodistas avisados, quienes, ejerciendo de fonógrafos, nos han repetido las cuatro tonterías de siempre.

Esto es: el Sr. Marqués se ocupa en el proyecto de defensa contra las arriadas del Guadalquivir. (La matraca de siempre, ó sea el pase de muleta natural.)

Se ocupa en que la Escuela de Comercio de Sevilla quede lo mismo que estaba, como si las leyes aprobadas pudieran controvertirse por el capricho particular, sin razonamientos de altas conveniencias regionales. (Es claro que esto es una bengala, hija de su buena fe, y nada más.)

Se ocupa—y esto sí que lo creemos—en que las obras del Alcantarillado se desarrollen con arreglo a sus compromisos particulares, aunque ya confiesa que ha visto las obras de alcantarilla de Bilbao—patrón que está sirviendo en Sevilla—y que se hará lo que se deba de hacer. (A la fuerza, ahorcan; y a lo hecho, pecho.)

Y sucesivamente se ocupará en todo. Ahora... vamos al grano.

Yo no soy de la familia política del Sr. Marqués de Paradas, y, por eso mismo, puedo entrar en disquisiciones político locales con toda libertad, porque no tengo que guardar miramientos y porque a ello me da derecho mi cualidad de periodista y de vecino—¡qué digo vecino!—de hijo nato y neto de la ciudad.

He de advertir que tengo debilidad por este hombre político, por varias razones.

Es la primera, porque es un carácter sencillo y no acusa vanidad.

Es la segunda, porque es un hombre independiente y rico, que goza de sus bienes en santa paz, y no puede achacársele que la política le sirva de vehículo para explotar a grandes y pequeños en beneficio propio y con ulteriores fines de rateros endiosados, ¡que los hay!

Es la tercera, porque todas sus cualidades morales y materiales podían hacer de él en Sevilla el hombre que necesita, no el partido blanco, el negro ó el rojo, sino el hombre que necesita nuestra ciudad, huérfana de procuradores cívicos en las regiones del Poder, cobijándonos a todos en las cuestiones que afectan a la vida interna de la región, aunque en la lucha política nos rompáramos el alma, que no nos la rompéramos.

Sé positivamente que, leyendo estas líneas, los más dirán:—¡Lástima que no sea verdad tanta belleza!—y que los menos me darán la razón.

Pero... yo voy a mi camino sin cuidarme de las opiniones ajenas para exponer la mía con toda sinceridad.

Lo que trae a Sevilla al señor Marqués de Pa-

radas no es, no debe de ser, lo que se dice.

Todas esas tracamundanas de proyectos de obras y consolidación de establecimientos docentes, barridos por una ley que tiene mucho malo, pero que también tiene muchísimo bueno, no vienen al caso, y D. Gaspar de Atienza no hubiera abandonado sus comodidades y gustos en el Norte para venir a sufrir disgustos é incomodidades en el Mediodía.

El Sr. Marqués de Paradas viene a Sevilla porque el partido liberal—la agrupación llamada así—está sin fuerzas dentro de la situación, y, apesar de contar con simpatías generales por el lastre democrático que encierra, ni manda, ni se la atiende, ni el presente es alegre, ni el porvenir risueño.

La indolencia y falta de tacto del Sr. Marqués ha hecho que las corporaciones públicas estén entregadas a elementos políticos que no persiguen otros fines que sus particulares intereses, y que hoy se llaman conservadores, y que mañana se llamarán católicos, y que tienen un pie con Silvela y otro pie en la Liga Católica, y que siempre vivirán en la penumbra porque su historia les obliga a huir de la luz.

Estos elementos, que tienen por cabeza una roca y por cuerpo un estómago, y por hueste una tropa de indocumentados, laborando por la vida, y teniendo presente que el partido liberal es un cuerpo con cabeza a pájaros, se conciertan, se enlazan, se burlan de compromisos, que respetan en tanto les conviene, y que burlan en cuanto pueden mermarle carne en donde echar la garra; estos elementos, iba diciendo, le han creado al partido liberal sevillano una situación insostenible para el presente, y tristísima para el porvenir, a menos que el jefe del partido liberal, con un arranque de coraje, se proponga organizar firmemente su agrupación, sin abandonar a los azares de las benevolencias y sin comprometerla en la política de encrucijadas.

A esto debe de venir a Sevilla el señor Marqués de Paradas. Y si no es para esto, peor para él, aunque para él sea lo peor el trabajo y las preocupaciones.

De que estamos en lo cierto al pensar como pensamos, nos da las pruebas la situación actual de la política sevillana en todos sus órdenes.

Nuestra ciudad no tiene elementos populares para la lucha.

Las masas trabajadoras, desengañadas ó fanáticas, toman distinto rumbo que el que, a nuestro parecer, deberían emprender.

Ir al socialismo con la ceguera de la ignorancia, y sin los lazos fraternales que engendran las ideas cuando éstas son conocidas y sentidas, es ir a la inacción, al enfriamiento, a la muerte. El primer tropiezo los asusta, la lucha sin condiciones los enerva, y el desengaño los mata.

Nuestro pueblo no tiene carácter para laborar para el mañana, sino que es como los chiquillos que, cuando dicen—¡Melón!—quieren la tajada en la mano. Por eso perdió su fe en la República, por la que combatió con las armas en la mano, y por eso perderá—si ya no la ha perdido—toda fe en su redención.

De ahí que los elementos populares están descartados en nuestra capital, y de ahí también que todo el engranaje de nuestra máquina oficial dentro de Sevilla camine a paso lento, sin fuerza impulsiva que la anime a renovaciones regeneradoras de libertad y de justicia.

Quedamos, pues, con grupos más ó menos grandes que se ejercitan en la política, como un oficio descansado que da buenos rendimientos, porque rendimiento es la consideración, la dispensa de favores gratuitos, la defensa que viene atada, el pleito en perspectiva, y mil ocasiones condicionales que se cotizan de un modo ó de otro.

Los conservadores por un lado.

Por el otro los llamados hasta ayer gamacistas.

Y últimamente los liberales.

La masa democrática es hoy un elemento neutro que discute y hace opinión... pero nada más. Como no lucha, es cuerpo inactivo y está fuera de todo juego.

Situación actual:

Los conservadores, faltos de gente de prestigio para la lucha, y antipáticos de por sí, se alían con los gamacistas, agrupación que, a fuerza de dar volte etas llevada por su ambición insaciable, había perdido todo el predicamento de que gozara, y que lo perderá del todo, yendo a sumarse con aquellos de quienes debieran ser, por ley y por historia, sus enemigos eternos. Apagan la antorcha de libertad a cuyo foco salieron de la obscuridad y escalaron los puestos más preeminentes, y se hunden en ese pozo negro del que flota solamente el agua de la avaricia.

Los liberales... ejército fiel, cuyo capitán lo abandona, batiéndose formando el cuadro.

Palomino, en la Alcaldía, batiéndose a guantadas, él solo contra todos, para no dejar en manos del enemigo esa trinchera, la más importante para un partido en época de elecciones.

Iribarren sobreponiéndose en la Diputación con su larga práctica y ánimo varonil.

Y todos los demás diciendo a todos los vientos:

—Pero, ¿y el jefe? ¿Dónde está el jefe?

Ya está el jefe en Sevilla.

—Viene a esto, viene a lo otro...

Pues si no viene a lo que debe de venir, entonces un responso por el alma del partido liberal sevillano.

Para Sevilla fué siempre una esperanza don Pedro Rodríguez de la Borbolla, en lo que respecta a los resortes administrativos de la vida comunal: su bandera de combate era sevillana y democrática, porque arrancaban sus raíces desde el campo de la República.

Si hoy, como muro viejo de la política, se deja envolver por la yedra conservadora, Sevilla quedará en poder de los vándalos políticos...

Entrará el saqueo, y seremos un feudo de familia, que será explotado unas veces a nombre del Corazón de María, y otras a nombre del Corazón de Jesús.

Y ni Jesús ni María serán con nosotros los pecadores republicanos, que nos entretendremos en comentar *¡todavía!* la honrada cualidad de nuestros hombres, que no robaron cuando ejercieron el Poder.

¡Como si el no robar fuera una virtud entre personas honradas!

—¿Y qué tiene que ver un periodista republicano con que los partidos políticos monárquicos se desorganicen?—dirá algún neutro, alguno de esos señores que opinan de todo y opinan nada en concreto.

Pues sí tiene que ver, y esa es la gran equivocación de nuestro pueblo y de nuestra clase media.

No tiene derecho a quejarse aquel que, teniendo el remedio en su mano, no evita la proximidad de un mal cierto. ¿Qué valor tiene la fundada censura contra nuestros administradores populares, si se les deja el campo libre para que lleven a cabo los designios que se les antoja?

—¡No se respeta nuestro voto!

Porque no tenéis, ó no tenemos, el valor necesario para hacerlo respetar.

Y los pueblos que se envilecen hasta el extremo de soportar mansamente que se conculque sus derechos y se le malgaste su hacienda, no son dignos de la libertad, sino esclavos de la servidumbre.

Y entre dos malos conocidos, no es gran cosa optar por el mejor.

Y como estamos en la evidencia de que aquí los grandes partidos no existen, sino sólo agrupaciones oficiosas con su cuenta y razón, optamos y trabajamos por aquella que, siquiera no sea más que en contadas ocasiones, rinde culto a la libertad y respeta los derechos consignados en la Constitución.

Más claro:

Entre Silvela, rutinario y servilón, excéptico y católico a la vez, y Sagasta, contemporizador sempiterno y calamar en su tinta siempre, optamos por el segundo.

Siquiera no sea por otra cosa sino porque ese viejo camandulón se batió por la libertad en su juventud rebelde, aunque en su senectud sumisa no haga otra cosa en favor de aquella libertad que dejarla andar libre por la carretera... pero mandando que vaya detrás una pareja de la Guardia civil.

CARRASQUILLA.

La vendedora de su hijo

Es muy interesante, un hermoso asunto, el suceso de la madre que ha vendido su hijo más pequeño a unos títriteros.

—¡Madre desnaturalizada, infame!—habrán dicho las lectoras, las madres felices, las que sueñan en serlo.—¡Parece imposible! ¿Qué monstruosidad!—habrán exclamado cuantos han tenido ó gozan la dicha de conservar una madre como suenan ser las madres.

En estos sentimientos naturales, honrados, dignos, se inspiraron el denunciador, el distinguido periodista Sr. Sumbiela, y el Gobernador de la provincia que, comprobada la denuncia, prendió a la mala madre y envió a los tres chiquillos que le quedaban sin vender, al Asilo pío, y luego, por lo que ya veremos, a la casa de Beneficencia. Con esta resolución gubernativa y con el procesamiento de la desnaturalizada madre, la sociedad ha quedado tranquila.

¿Debe estar? ¿Deben estar satisfechos los que han hecho el bien? Veamos, veamos. En una gaceta halla en *El Pueblo* referencias y detalles muy interesantes.

La vendedora de su hijo es una joven de

veintiocho años: se llama Petra, es casada, su marido la abandonó y es madre de otros tres chicuelos; una niña de ocho años es la mayor, y el menor, Carlos, un *bebé* recién puesto de corto, ha sido el vendido.

En una posada del Grao, (Valencia) donde nació ese niño, se hospedaba un matrimonio, títerito él, títerita ella, que no tienen hijos; les gustó Carlos, y se lo compraron a la madre.

Hay en la noticia de la cual saco estos datos, uno interesantísimo. Los títeritos ofrecieron a la madre un puñado de billetes de Banco, de los que la vendedora, poco hecha, sin duda, a tener dinero, se quedó tan sólo con un *Quevedo*, un billete de 25 pesetas, una fortuna en concepto de la desnaturalizada.

Hé ahí los hechos que han indignado al público, preocupado a la prensa y movido la acción de la autoridad y la justicia.

La madre está presa y procesada, y mientras los tribunales la condenan, que sí la condenarán, el Gobernador, con general aplauso, hala sentenciado a separarla para siempre de sus hijos. ¿Los podía vender también como al Benjamín de la familia! ¡Qué horror! ¿Verdad?

¿Por qué es horrible y penable la venta de ese hijo? Porque la madre se separa de él con mengua hasta del instinto maternal, porque entrega el hijo de sus entrañas a manos ajenas que Dios sabe lo que harán con la tierna criatura. Indigna la perversión de la madre y asusta la suerte del niño. Perfectamente.

Vamos a ver lo que ha hecho para evitar probables peligros esa madraza que se llama Administración. Por el pronto cogió a los tres niños y a su madre desnaturalizada y los zampó en el Asilo, del cual Asilo dijo *La Correspondencia de Valencia*:

«El director del Asilo municipal, Sr. García, ha puesto en conocimiento del Alcalde que la madre y sus tres hijos, detenidos a disposición del Gobernador civil, de cuyo hecho nos ocupamos en la sección de sucesos, han sido alojados en el departamento general, donde existen presos de pésimos antecedentes, y en donde se respira una atmósfera malsana, moral y físicamente hablando, que no ha de favorecer en nada a las tres criaturas; que, entre paréntesis, se hallan atomizados allí dentro, y ni en sus conversaciones ni en el modo de portarse demuestran los hábitos de una educación descuidada. Para completar la laudable campaña moralizadora que se proponen el Sr. Mancada y el Alcalde, urge que esos tres niños no permanezcan en el Asilo municipal otras 24 horas. Hay que ingresarlos en un establecimiento benéfico cuanto antes. Estamos seguros de que las razones que apuntamos serán atendidas, aparte de que las tres criaturas mencionadas no «deben nada» y es antilegal su estancia en la cárcel.»

Tenemos, pues, que la niña y los dos niños estuvieron unos días en el Asilo mucho peor que su hermanito en poder del matrimonio volatinero.

Corrigió su yerro el Gobernador, y del Asilo municipal llevó los niños a la Beneficencia provincial.

No diremos que hayan ido de Herodes a Pilatos, porque en la Beneficencia ha corregido y castigado algunas faltas, menos graves de lo que se dijo, otro muy estimado compañero, el Sr. Clemente Lamuela.

Si no de Herodes a Pilatos, de casa de Anás a la de Caifás sí han ido esos tres niños.

Supongamos que en la Beneficencia no vuelven a ocurrir abusos, que no hay allí celadores ni inspectores que maltraten a los asilados, ni contratista que los robe; demos por seguro que es un establecimiento modelo el de Valencia; ¿y qué? ¿Por esto deja de ser ruin y triste la suerte de esos tres niños? La buena madre que se llama Beneficencia, les da una comida insuficiente, les priva de la libertad, les viste con un uniforme, les saca en formación los días festivos, los enseña a rezar, leer, escribir y repetir de memoria los nombres de los hermanos de José, de los reyes godos y de los ríos de España y les enseña un oficio.

Todo esto siendo el establecimiento modelo, no habiendo en él inmorales, mermas de ración, tratamiento brutal y cuanto constituye la manera de ser de los establecimientos benéficos. Los niños así educados crecerán; acaso ella se afee con enfermedades a la vista, la falta de aire libre y la coloración del presidiario que da el comer mal; tal vez tenga, apesar de eso, la desdicha de permanecer hermosa: en el primer caso saldrá del asilo para ser sirvienta; en el segundo, después de ser doméstica y de que se fije en ella el señorito, puede ser mujer pública. A hombres públicos no llegarán, seguramente, sus hermanos, que después de batallar con la escrofula y enfermedades anejas, sufrir el aprendizaje en un taller y ser soldados, se quedarán de por vida en obreros, sin más goce que la embriaguez, que es a la vez causa de su ruina y de su prematura muerte.

Ese es el casi seguro destino de los niños

amparados por mamá Beneficencia. ¿Cuál será el destino del niño vendido por su desnaturalizada madre?

Pensando lo peor, los títeritos le han comprado para explotarle, descoyuntarle, educarle para el circo y hacer de él un artista. Si no muere Carlos por esos mundos, cosa que también puede ocurrir a sus hermanos en este Hospicio, puede llegar a ser un artista de universal renombre, admiración del público, encanto de damas hermosas y damiselas sensibles a la buena musculatura. ¿Quién sabe si ese Carlos, que bien puede adoptar como nombre de guerra el de capitán Grao, será con el tiempo héroe del trapecio volante, o sin rival barrista, o gallardo jokey, o hábil juglar? Acaso resulte payaso saltador y humorista y le vean en Valencia los públicos de mañana en la pista de Apolo, la cara embadernada, la boca sanguinolenta, muy tieso el tupé, muy original el traje, haciendo reír y palmoear a los niños hijos de madres buenas, de las que no venden a sus hijos; bien es verdad que el marido no las ha abandonado y que la miseria no las ha acorralado como a la madre del clown.

¡Oh, si llegara Carlos a ser clown y se educara en Londres, y bebiera allí la amarga droga del humorismo, qué payasadas y qué pantomimas podría representar simbolizando en ellas, ya a la familia sacrosanta, ya a la caridad divina, ya a la sociedad cristiana, ya a la maternal Beneficencia y a la paternal Administración, haciendo el paso a dos sobre un caballo en pelo!

No sé si la madre desnaturalizada habrá hecho un bien vendiendo su hijo a unos títeritos. No lo sé. Descoyuntar las articulaciones, deformar el cuerpo para divertir al respetable público, es malo; pero la artritis, la escrofula, la anemia, el envenenamiento lento, la ceguera, la tisis, consecuencia del trabajo en minas, fábricas y talleres insalubres, no son cosas buenas.

Horrible cosa es ver a un hijo en peligro de caerse de lo alto de un circo o de desnucarse al dar un salto mortal; pero no es menos horrible cosa que la hija muera de sífilis en un hospital y los hijos fallezcan violentamente al reventar un barreno, estallar el fuego grisú o romperse un andamio. Afanosa es la vida del bohemio; pero es libre y no tan triste y aburrida como la de los asilados. Puede tropezarse con la muerte al saltar de un trapecio a otro; pero mayor desgracia es, como decía Roberto Robert, saltar del lunes al sábado sin encontrar un garbanzo en el camino. ¿Ha hecho bien la desnaturalizada madre? ¿Ha hecho mal?

¿Quién sabe? «El mal es bien; el bien es mal.»

¿Hacen bien la administración y la justicia prendiendo, separando de sus hijos, procesando y castigando a la desnaturalizada madre? ¿Hacen mal?

La madre, esa desnaturalizada, vendió un hijo, carga pesada para ella. ¡Oh! vender un hijo. Pero, señores jueces, ¿y el no hacerlo por evitar la pesadumbre de la carga? ¡Ah! ¡Ah! No hay más que falta de previsión.

La mujer esa, que no sabrá leer, no se ha enterado de lo que pasa en Francia.

¡Vender un hijo! ¡Oh! ¡Qué madre! Hay más, señores jueces, que venden la niña a un esposo enfermo, necio, viejo y predestinado; mas, eso sí, lo hacen con la complicidad del sacerdote y del juez. ¡Ah! ¡Ah!

¿El bien es mal? ¿El mal es bien?...

ROBERTO CASTROVIDO.

De actualidad

En San Sebastián arrecia el temporal. De la mar entraron de arribada forzosa las lanchas de pesca.

Ha fondeado la corbeta alemana *Steing*, escuela de guardias marinas.

En Huelva los cargadores del puerto se declararon en huelga.

Piden la supresión de contratistas y capacitados.

Las operaciones del puerto están paralizadas.

Villanueva estudia un proyecto de difusión de la enseñanza agrícola.

El Imparcial pide la reorganización de la primera enseñanza y la dignificación de los maestros.

Toledo.—En Puente del Arzobispo, en unas excavaciones, resultaron ocho sepultados, uno muerto, otro grave y seis con contusiones.

Almodóvar ha declarado que el Gobierno está dispuesto a no contraer compromiso político internacional; sólo atento a la propia de-

fensa y con la mirada fija en el *Statu quo* en Marruecos.

A España sólo le conviene una actitud prudente.

En Garrucha (Murcia) ha aparecido asesinada Rosa García, dueña de un cortijo.

Están presos y convictos el marido y una hermanastra de la víctima, los cuales eran amantes.

Mataron a golpes, y la dejaron colgada para que se creyera en un suicidio.

En San Sebastián, Almodóvar ha declarado que el incidente ocurrido a Sánchez Moguel en Marruecos no reviste gravedad.

Al pasar los actuales sucesos llamará a Ojeda para conocer la importancia de ellos.

Bilbao.—Regresó el *Proserpina* entrando en dique para reparar averías.

En San Sebastián fondeó la escuadra. Los reyes desembarcaron, dirigiéndose a Miramar y siendo aclamados.

El entierro del duque de la Victoria lo presidieron Casa Valencia, Morella y Concha Castañeda.

Estuvo concurrencioso.

Romanones ha enviado a la firma de la reina el decreto de demarcación territorial de Institutos.

La prensa de Barcelona arrecia en su campaña sobre supuestos abusos en correos.

El Diluvio dice que el juez no se atreve contra altos empleados bien apadrinados.

De San Sebastián participan que la goleta alemana *Stein* volvió a alta mar a practicar ejercicios de navegación.

Fondeará mañana en el puerto.

Villanueva estudia, para presentarlo a las Cortes, un proyecto de ley sobre propiedad de marcas de fábricas.

Lo llevará al primer consejo.

Una importante casa ha denunciado un robo de cartas y cheques por valor de 5,000 francos y 1,070 marcos.

Zaragoza: el gobernador ha denegado permiso a la Hermandad de la Sopa del Hospital para celebrar Jubileo.

En San Sebastián las regatas serán el lunes y se disputarán las lanchas la copa del rey.

Madrid: En la calle de Alvarado murió una niña a consecuencia de malos tratos de sus padres.

Fue golpeada momentos antes de la muerte. Presentaba equimosis en el ojo, carrillo, frente y piernas.

Han sido detenidos los padres.

A fines de Septiembre espérase a Villanueva y Romanones para resolver la cuestión de la zona neutral del puerto.

Lisboa: anoche explotó una bomba de grandes dimensiones a la puerta de la Legación del Brasil.

Alarma: contenía pólvora: sin daños.

De Bruselas corre el rumor de que Kruger intenta una entrevista con el czar.

Dicen de París que en la conferencia de Delcasse con Constans expresa éste, que el conflicto franco-turco se arreglará pacíficamente.

La prensa de Londres muéstrase pesimista con motivo de la campaña del Tranvaal, que amenaza durar hasta la Primavera.

Faltan caballos y hay muchas dificultades para adquirirlos.

Hay 16,000 soldados en los hospitales y 50,000 extenuados.

Los boers disponen de numerosas fuerzas y municiones para prolongar la guerra.

¡Duda el pueblo!....

Las naciones, al igual que las familias, sufren relativa y periódicamente tan tremendas crisis, tan terribles convulsiones, que, si con respecto a las primeras no surgieran ciudadanos—por regla general casi siempre desconocidos hasta el crítico momento que pelagra la nave del Estado—que, despreciando entonces sus vidas lanzan a luchar con el feroz elemento, hasta que, ó perecen con honra ó logran dominarla con gloria, y, si con relación a las segundas, no existiera la sublime cualidad de la resignación, es irrefutable que unas y otras durante los convulsivos períodos de esas duras metamorfosis físicas sociales, dejarían de ser dentro del humano concierto llamado vida.

Revolviéndose como producto de un profundo malestar, hace muchos años encuéntrase esta

desventurada nación, solo que su enfermedad no había podido diagnosticarse a consecuencia de los caracteres tan especiales que revestía, hasta que haría como cosa—los años no importa—que como caso de conciencia, no faltó saliera una junta de doctores tratando de aplicar remedio al mal; y después de mucho deliberar sobre el tratamiento terapéutico que debía adoptarse para ver si podían levantarla de la crónica postración en que se hallaba sumida, se encontraron...—con otro caso también especial—¡que la *duda* mató en flor sus humanitarios deseos!

El pueblo, débil y enfermizo él, por el virus ponzoñoso que paulatinamente había ido infiltrando por todo su ser el criminal microbio *conveniencia propia*, no tuvo fuerzas suficientes para demostrar iban equivocados quienes a sus espaldas habíanse podido escapar de la infección aquella, y...—caso raro en un enfermo que tiene a mano la medicina para curarse, y no la utiliza—también *dudó* de la bondad del diagnóstico.

Ya tenemos, pues, la *duda*, la maldita *duda* que—salvo una pequeña variante—casi podríamos conceptualarla gemela del *gran quidá* que en vano intentara averiguar Rabelais, y que estaba reservado su esclarecimiento al malogrado Bartrina.

Madre é hijos—nación y pueblo—dudando la una de los otros y éstos de aquella, ni más ni menos que lo que está ocurriendo en el seno de la sociedad, dentro del hogar, en el café, en el paseo, en las plazas y calles públicas. Duda el padre del hijo, la esposa del esposo, el hermano del hermano y el amigo del amigo; apenas existe confianza con nadie ni por nada; todo el mundo recela; se disfraza la verdad y sólo impera la hipocresía, la maldad, el fraude y la explotación más encarnizada.

¿Quién tiene la culpa de todo ello? La maldita política de bandería, de compadrazgos, de concupiscencias, de caciquismo, y por sobre de ella, todos cuantos han postpuesto las necesidades y el progreso de la patria a sus miras particulares, fines egoístas y procedimientos bastardos.

Esa *oligarquía* a que han conducido a la nación, ó han contribuido llegara a ese estado los responsables de la dirección de la cosa pública, ya sea por indolencia, ya por ignorancia, ha sido causa del malestar que ha producido la *duda* en general, y que domina los espíritus de todos los ciudadanos, que ni se atreven a *abrir la boca* por miedo a no absorber mayor cantidad de microbios, vulgo *conveniencias propias*, y por respeto a no infectarse por completo.

Hoy por hoy, el objeto es asegurar el *yo*, nada implica el *tú*, y mucho menos el *aquel*. El problema social queda localizado en lo siguiente: Deberes, muchos, infinitos; derechos... ¡Bah! Letra muerta.

Bastará en la altura a que nos encontramos, con que cuentes con... bonita; seas fútilo amigo de un primo de una prima de la nodriza del... X; hijo, hermano, tío, cuñado, primo carnal, vecino, elector, colono... ¡Dios con todos!, de tal ó cual ministro, senador, diputado, gobernador... ¡Cristo con ellos!; y, pierde cuidado, en la «*Vitina del Señor*» no se conocerá la filoxera, huellas de pedrisco, vendavales, ni sequedad; ni la silueta de la huesuda zarpa del «*fisco*», reflectará en el interior de tu humilde vivienda. ¡Serás uno de tantos... *inmunes!*

Sin embargo, el pueblo sufre, llora, paga y toca las consecuencias.

Ese pueblo que algunos creen ignorante, tonto, imbécil é idiota, todo lo ve, todo lo sabe, nada le pasa desapercibido; pero... calla; calla, sí, pero... ¡no olvidal!

En cambio, los que parece no quieren ser del pueblo; los que quizás se consideran resguardados por la muralla que forma esa inmensa mole de carne humana, viven, se divierten, gozan y apenas preocupan para nada del candente problema que está sobre el tablero para descifrar. ¡Felices ellos!

¡Mientras tanto, las naciones, al igual que las familias, sufren relativa y periódicamente tremendas crisis, terribles convulsiones!

¿Nó saldrá un alma que conjure la hecatombe que vislúmbrese en lontananza? ¿Nó saldrá una nueva junta de médicos que diagnostique con virilidad el tratamiento que debe emplearse para retornar la salud al enfermo que no quiere morir, que tiene derecho a la vida?

¡La nación duerme y duda! ¡El pueblo no duerme, pero también duda! ¡Sus motivos tendrán!

VICTOR D'ALMAGRO.